

importante función moral familiarizando la mente del niño con la idea de que la ley moral no es la imposición de una voluntad particular, sino de la voluntad colectiva; y el tipo de buena conducta adoptado y seguido por esa colectividad determina completamente la fijación de las primeras direcciones del juicio moral.

Por lo tanto, es evidente que el educador debe poner empeño en gobernar y guiar la opinión dominante en la escuela, y al propio tiempo tiene que hacer por contrarrestar la excesiva influencia de la colectividad y estimular la reflexión moral independiente en el individuo. 64

CAPÍTULO XIX

VOLUNTAD. MOVIMIENTO VOLUNTARIO

DESPUÉS de haber considerado los principales modos del desarrollo afectivo, podemos tratar del desenvolvimiento de la tercera parte ó fase de la mente, es decir, de su parte activa, ó sea la voluntad.

Definición de la voluntad.—La palabra voluntad tiene un significado muy lato en la ciencia de la mente, pues comprende todos los actos conscientes, lo mismo los actos corporales externos, como el andar ó hablar, que los actos mentales externos, como el concentrar los pensamientos, deliberar, etc. En un sentido más limitado y estricto, la voluntad significa sólo aquellos actos que suponen claro propósito consciente. Así, la acción de parar un golpe con la mano es acto de la voluntad, ó acto voluntario, mientras que el contraer los párpados cuando se acerca un objeto al ojo repentinamente es un acto involuntario, pues aunque tenemos conciencia del movimiento no lo ejecutamos con claro propósito de efectuarlo.

Querer, conocer y sentir.—En uno de los primeros capítulos quedó indicado que hay cierta oposición entre la voluntad y las otras dos maneras de manifestación mental. El estar activamente ocupado en hacer algo, contrasta con la tranquila y comparativamente pasiva

actitud mental de la reflexión; y el hombre muy activo es considerado generalmente como tipo contrario del hombre reflexivo. De igual manera, la gran excitación afectiva y la acción son incompatibles, y el hombre fuerte de voluntad es aquel que á otras condiciones une la de dominar sus sentimientos.

Pero al mismo tiempo la acción voluntaria incluye siempre un elemento de conocer y de sentir. Lo que mueve á la acción voluntaria, el fin ú objeto deseado, es la realización ó satisfacción de algún sentimiento (v. gr., el de la ambición ó del deber); y no podemos obrar con propósito deliberado sin conocer algo la relación entre el acto que estamos ejecutando y el resultado que buscamos. De ahí que sea siempre el sentimiento lo que supla el estímulo ó fuerza que nos mueve á la volición, y que el entendimiento sea el que le guíe con su luz.

El deseo como base de la voluntad.—Cuando el niño hace algo con un fin, como, por ejemplo, el de ganarse la benevolencia del maestro, tiene un deseo, que es la realización de la idea ó representación de alguna cosa grata. El deseo es el hecho fundamental de la operación; y sólo puede definirse diciendo que es el movimiento de la mente por un impulso activo hacia la realización de la idea ó representación de algo agradable.

Además del movimiento positivo de atracción hacia lo que se ve que es grato, existe el movimiento negativo de repulsión que hace apartarse de lo desagradable ó doloroso, como la humillante experiencia del castigo. Este deseo negativo se distingue con el nombre de aversión.

Si bien el deseo es un fenómeno mental activo, presupone como condiciones del mismo un elemento afectivo y un elemento intelectual. No deseamos lo que nos es indiferente, sino aquello que proporciona satisfacción;

y así nuestras varias experiencias placenteras y dolorosas constituyen otros tantos orígenes de deseo y aversión. Sin embargo, para desear una nueva realización de alguna grata experiencia es preciso que la mente recuerde é imagine con cierto grado de distinción, y aquí vemos ya el elemento intelectual de la representación. Resulta, pues, que la fuerza del deseo varía con dos elementos, que son la magnitud de la experiencia y el grado de claridad con que se la imagina. El niño escolar generalmente desea más las vacaciones que el día de asueto semanal. Pero á todos nos sucede que dejamos de desear hasta grandes placeres porque no nos los representamos vivamente; y esto es aplicable á todos los objetos de deseo que son remotos con relación á otros más próximos. El niño no desea con ardor los placeres distantes, como el de ganar un premio, porque es incapaz de representarse clara y fijamente el deleite lejano. Lo próximo ejerce influencia en el hombre y especialmente en el niño, tanto por atracción como por repulsión; mucho más que lo remoto.

Deseo y actividad.—El deseo es, ante todo, un estado afectivo, una viva sensación de necesidad y anhelo; pero además tiene íntima conexión con el estado de esfuerzo activo. Cuando el niño desea una cosa se siente impulsado á hacer algo, á esforzar sus facultades activas para lograr su objeto.

El producto activo del estado de deseo varía según las circunstancias especiales, y es en algunos casos mucho más ligero y menos sostenido que en otras ocasiones. Con frecuencia ocurre que el niño tiene vivo deseo de algo, digamos de un juguete ó de un libro, y sin embargo no se muestra apenas dispuesto á esforzarse por lograrlo. No siempre están las personas igualmente dispuestas á la actividad; y el niño bobo é indolente pue-

de prolongar el estado de deseo hasta que le resulte doloroso y molesto en extremo. La falta de vigor mental ó corporal es desfavorable al esfuerzo activo; y, por el contrario, cuando hay mucho vigor y gran predisposición á la actividad, el deseo se convierte desde luego en esfuerzo activo.

Por lo expuesto puede comprenderse cuál sea la base natural de la enérgica voluntad activa. Esa base consiste primeramente en la viveza ó intensidad del deseo; y como este tiene tan estrecha relación con el sentimiento, es claro que á la viveza del deseo acompaña la del sentimiento; por manera que las grandes susceptibilidades afectivas son condición antecedente para la actividad vigorosa. Pero por sí sola no basta la sensibilidad; muchos niños tienen fuertes sentimientos sin tener el correspondiente grado de fuerza activa. Lo que se necesita sobre todo es una gran disposición á ejecutar actos, ó sea lo que llamamos temperamento activo. Resulta, por tanto, que el fundamento ó base natural de la voluntad enérgica son los fuertes impulsos activos sostenidos por los sentimientos vigorosos. Los requisitos para las manifestaciones superiores de la actividad en la tranquila volición racional, se verán más adelante.

Deseo y voluntad.—El simple deseo de una cosa y el impulso que obliga á procurar su logro, aunque son lo fundamental en la volición, no constituyen por sí solos un acto voluntario completo. Para que ese impulso activo pueda dirigirse en sentido determinado, hace falta otro elemento.

Este nuevo factor es la idea ó representación de algún acto que consideramos como medio para lograr el objeto ó fin deseado. Cuando, por ejemplo, el niño quiere divertirse con un juguete y va á buscarlo adonde está guardado, ó desea sorprender agradablemente á

su madre y se afana haciendo alguna cosa bonita para ella, realiza la selección y adopción de la actividad particular que da el resultado apetecido. Eso es un acto voluntario en toda la extensión de la palabra, pues en los casos aludidos el niño ha usado de su voluntad para hacer una cosa particular con un fin particular; y la adaptación de los medios á los fines envuelve un nuevo efecto de la experiencia, la cual enseña al niño que sus esfuerzos activos tienen determinada relación con resultados particulares, ya como condición para producirlos, ya como medio para lograrlos.

Desarrollo de la voluntad.—Habiendo analizado á grandes rasgos las funciones de la voluntad, pasaremos á indicar cuáles son los principales períodos de su desenvolvimiento.

El desarrollo de la voluntad, como el de las facultades de conocer y sentir, sigue cierto orden, pasando de lo simple á lo complejo y de lo presentativo á lo representativo. Los actos de los niños de muy corta edad, como el de llevarse los objetos á la boca, son, relativamente, simples movimientos cuyo fin es proporcionar algún goce inmediato. Los actos de las personas mayores, como el de escribir una carta, etc., son series complejas de movimientos y suponen mayor capacidad representativa, esto es, la de representarse en la mente objetos ó fines *remotos*. Expresándolo de diferente modo, puede decirse que al principio la acción se sugiere desde afuera, por las impresiones sensitivas presentes (v. gr., la vista de los manjares), y que después se la sugiere cada vez más desde adentro, excitándola operaciones internas de la imaginación y reflexión.

Factor instintivo de la volición.—El desarrollo de la voluntad, como el de la inteligencia y sensibilidad, implica que existen ciertas tendencias originales ó inna-

tas. Todo niño está dotado, desde un principio, de varias propensiones que constituyen la base natural de la volición; y la más importante de ellas es la tendencia á buscar lo placentero y evitar lo doloroso. Esta es el origen principalísimo de la acción voluntaria; pero, á más de esa tendencia general, existen impulsos instintivos especiales que inducen á obrar en determinado sentido, como son los apetitos ó impulsos que provienen de las necesidades del organismo corporal. También es probable, según hemos visto, que cada individuo tenga tendencia instintiva á mostrar sus fuerzas ó facultades, á devolver daño por daño, á procurar la aprobación de los demás, y así sucesivamente. Todas las principales direcciones de la actividad humana se ven indicadas más ó menos claramente por impulsos instintivos, que se van manifestando en los primeros años de la vida.

Efectos de la experiencia y del ejercicio.—En segundo lugar, se necesita de la experiencia y del ejercicio para desarrollar esos gérmenes instintivos de la volición. La experiencia es necesaria para dar al niño idea definida de lo bueno y placentero; hasta el deseo de comer, que es la variedad más notable del impulso instintivo, sólo se manifiesta definitivamente cuando se ha experimentado y recordado la satisfacción del apetito. Como se ha indicado antes, en muchos casos la experiencia es el punto de partida del deseo y de ese modo puede el niño, por ejemplo, buscar los placeres que proporciona un cuento ó historia, la simpatía, etc. Al mismo tiempo que se necesita la experiencia para enseñar al niño lo que es deseable, se la necesita más todavía para hacerle comprender cómo ha de realizar sus deseos. Todo el trabajo de dirigir las acciones ó adaptar los medios á los fines, es resultado de lo que se aprende por experiencia.

Por último, el ejercicio de las fuerzas de la voluntad

en cualquier sentido es el medio á propósito para darles vigor en ese sentido. Así, al poner en juego los músculos voluntariamente, se alcanza la facilidad y perfección de ejecución á favor del ejercicio prolongado y metódico. Sucede lo mismo con las acciones morales superiores del propio dominio ó gobierno; la ley general del desarrollo mental de que el ejercicio (con tal que sea conveniente en forma y sentido) fortalece las facultades, es aplicable á la volición.

Para estudiar el desarrollo de la voluntad empezaremos por la más simple forma de acción externa, ó sea el movimiento corporal. Luego podemos pasar á otras formas cada vez más complexas en las cuales se hace más perceptible el elemento interno de la reflexión y libre elección; y con esas formas superiores de acción externa pueden considerarse también aquellas manifestaciones puramente internas de la voluntad que llamamos dominio de los pensamientos y de los sentimientos.

Principios del movimiento.—Al principio el niño no sabe nada sobre sus órganos corporales y facultades de movimiento, ni de la relación de sus movimientos con la satisfacción de sus necesidades; tiene que llegar á conocerlo por experiencia actual.

Mientras que el niño contrasta por su desvalimiento con los animales inferiores de poca edad, está dotado de tendencias originales é instintivas á mover sus miembros, las cuales son de bastante importancia para el desarrollo del movimiento voluntario. Esas tendencias se transmiten de padre á hijo por medio de la disposición ó estructura propia del sistema nervioso.

La primera de las tendencias aludidas es la del movimiento reflejo, ó sea el movimiento sin propósito y relativamente inconsciente, que obedece al estímulo sensorio. Algunos de esos movimientos, como el acto de

cerrar la mano para sujetar en ella algún objeto, se nota al poco tiempo después del nacimiento; y otros, como el de pestañear cuando se acerca una cosa al ojo repentinamente, ocurren más tarde.

Siguen luego por orden de importancia los movimientos instintivos; los cuales son más complejos que reflejos y se asemejan más á los movimientos voluntarios por cuanto los acompaña sentimiento y una vaga forma de deseo ó anhelo. Ciertos movimientos de esa clase, como la acción de mamar, son necesarios para el sostenimiento de la vida del niño, y por lo tanto son perfectos, ó poco menos, desde un principio; y otros, como el de balbucear, fruncir el ceño, etc., se presentan después en el niño.

Además de esos gérmenes más definidos de movimiento, el niño manifiesta en ciertos estados tendencia á mucho mayor extensión y variedad de movimientos; y así, cuando los órganos motores están vigorizados después del sueño, el niño pone en acción sus miembros espontáneamente. Á estos actos se los distingue llamándolos movimientos espontáneos; y se dice que son resultado de la acumulación ó sobrante de energía nerviosa en los órganos motores (centros de movimiento, etc.).

Finalmente, es de observarse que todo sentimiento tiende á manifestarse en movimientos; los estados placenteros y dolorosos producen al principio la excitación más ó menos general de los órganos del movimiento. ⁶⁵

Transición al movimiento voluntario.—Por esas diversas especies de movimiento instintivo, y más especialmente por las del último grupo, el niño obtiene alguna experiencia con respecto á sus facultades, y aprende cuáles son los resultados de ponerlas en acción.

Para más fácil inteligencia, supongamos que un ob-

jeto reluciente se pone cerca de los ojos de un niño de pecho. El brillante color, el deleite y la impresión placentera se traducirán en varios movimientos. Supongamos que uno de estos es el de alargar la mano hacia el objeto; lo cual hará que la mano se ponga en contacto con él, dándole así posesión del mismo. Ese resultado repetido impresiona la mente del niño, el que (á favor de su sentido muscular) distingue de otros este movimiento, y lo asocia ó pone en conexión con la satisfacción de asir y sostener un objeto. Cuando se llega á ese período, el movimiento se transforma en voluntario; al querer tomar un objeto que se le presenta, el niño alarga la mano con el manifiesto propósito de lograr esa satisfacción.

El movimiento voluntario es producto de las pruebas ó ensayos y de la experiencia. Por la constitución primitiva de su mente, el niño tiende á desear y buscar lo placentero y útil á su bienestar, y á huir lo doloroso ó perjudicial; pero este impulso tiene que ser guiado por la experiencia, y esta experiencia la proveen los primitivos impulsos y tendencias al movimiento de los cuales acabamos de hablar.

Efectos del ejercicio.—La perfecta ejecución de cualquier movimiento voluntario proviene del trabajo gradual de aprender y mejorar. El movimiento tiene que repetirse varias veces para que resulte definido y pueda ejecutarlo el niño con prontitud y facilidad. Además, las repeticiones del movimiento son necesarias para fijar la asociación de los medios y fines en la mente infantil, de modo que el deseo de obtener un fin sugiera instantáneamente la acción apropiada.

Cuando ya se dispone de varios movimientos simples está preparado el camino para adquirir otros nuevos y más dificultosos. Por ejemplo, el niño ha aprendido á

tender la mano hacia un objeto que se le presenta. Ocu- rre que, estando sentado en el suelo, se le cae un juguete de las manos. Por anterior experiencia tiene idea vaga de lo que tiene que hacer para recobrarlo; y mediante una serie de pruebas acaba por modificar el antiguo movi- miento de modo que resulte acomodado á las nuevas circunstancias.

Durante la progresiva extensión de la variedad de los movimientos el niño aprende de continuo á aislarlos unos de otros y á combinarlos formando nuevas conexio- nes. Las primeras tentativas para efectuar un movi- miento delicado, ó varios de ellos, como los de escribir, envuelven la detención del impulso general ó difuso al movimiento, lo cual se manifiesta por los torpes movi- mientos de la cabeza, de los dedos, de las piernas, etc.*

Al aprender especiales variedades de movimientos de dedos, como al tocar el piano, tienen que dominarse las asociaciones de movimientos, naturales ó adquiridas. Por otro lado, todo progreso relativo al movimiento im- plica construcción. El niño aprende á combinar de nuevo modo los movimientos ya dominados aisladamen- te; así, al aprender á escribir tiene que tomar la pluma de cierta manera y ejecutar al mismo tiempo los movi- mientos necesarios. La lección de ejercicio militar exi- ge una combinación de actos musculares de la cabeza, brazos, etc.

Imitación.—Con este nombre se denota vulgarmente la adopción de cualquier movimiento, sentimiento, ó modo de pensar ajeno; pero en la ciencia psicológica la palabra imitación se emplea con especial relación á las acciones. Movimiento imitativo se llama el que se eje- cuta por haberlo visto hacer á otra persona; por ejem-

* Esta es una ilustración del dominio ó inhibición del impulso, de que trataremos más detenidamente en el próximo capítulo.

plo, es imitativo el acto de fruncir el ceño el niño al ver que otro hace lo mismo.

La repetición imitativa de un movimiento observado en otra persona, supone la asociación de la apariencia ó vista del movimiento y su ejecución actual. Los prime- ros actos imitativos, como por ejemplo, el de fruncir el ceño, se observan en el niño al cuarto mes de edad;* y esto sugiere que las asociaciones implicadas son hasta cierto punto hereditarias. Pero el impulso á imitar los movimientos, gestos, etc., de otras personas se manifies- ta más hacia el fin del primer año de edad, aunque no en su mayor fuerza hasta el segundo año. De esto se deduce que la experiencia individual es necesaria para el desarrollo de la habilidad de imitar; la facilidad de imitación se funda en cierta suma de práctica muscular en el movimiento de los miembros y de atención á las correspondientes impresiones visuales, ó sean los aspek- tos variables del órgano movido.

La muy notable manifestación del instinto de imita- ción á esa temprana edad, parece relacionada con la cre- ciente facilidad de ejecutar movimientos corporales y con el goce que produce el poner en acción los órganos correspondientes. Sugerido por los movimientos ajenos un modo determinado de ejecutar actos, el espontáneo impulso á la actividad se aprovecha de la indicación. Lo contagioso que es el retozar de los niños ilustra este género de imitación.

Más tarde, esa imitación impulsiva é *inconsciente* tiende á convertirse en operación voluntaria más cons- ciente y definida. El niño de seis ú ocho años imita las

* Dice Preyer que un niño de menos de cuatro meses fruncía el ceño al ver que su padre lo fruncía; lo cual concuerda con la afirma- ción de Darwin de que su hijo parecía imitar los sonidos cuando sólo contaba cuatro meses de edad.

acciones de otras personas bajo la influencia del deseo consciente de hacer lo que aquellas hacen ; pero lo que le mueve á ello no es siempre lo mismo. Cuando un niño imita las suertes de agilidad ó fuerza ejecutadas por otro, lo hace movido del deseo de probar y hacer ver sus propias fuerzas y de mostrarse igual ó superior á los demás. En otros casos, el impulso proviene más bien de los sentimientos sociales, del afecto y admiración que le inspira una persona superior á él como su padre ó maestro.

Por lo dicho se ve cuán estrechamente relacionadas están la imitación y la simpatía. Esta última empieza, según hemos visto, por la propagación contagiosa de las manifestaciones corporales externas, esto es, de los movimientos característicos en que se traduce la sensibilidad ; y, al contrario, los impulsos de la simpatía ya desarrollada llevan á una imitación más reflexiva de los actos de aquellas personas que son objeto de cariño.

Hasta ahora hemos supuesto que el movimiento imitativo es una mera reproducción de algún acto antes aprendido independientemente, como cuando el niño abre la boca al ver que otro ha hecho lo mismo ; pero la imitación se extiende mucho más allá de eso. También imita el niño nuevas clases de movimientos, como cuando aprende ciertos modos de mover la mano viéndosela mover á su madre. Esta especie de imitación superior y constructiva implica alguna práctica de movimientos obtenida por la necesidad de satisfacer necesidades y deseos personales. El niño no podría aprender á agitar las manos al ver hacer esto á otra persona si no hubiera ya adquirido cierta práctica de mover las manos de otro modo. Al primer esfuerzo de imitación vocal para repetir palabras pronunciadas por otras personas, le precede también un período en que el niño ejercita espontáneamente los órganos de la palabra.

La tendencia del niño á imitar á los que le rodean es un auxilio muy importante para el desarrollo de su voluntad ; desde muy temprano coopera con la fuerza de los deseos personales del niño y contribuye á abreviar la operación de aprender movimientos útiles que él ejecutaría de otra manera. De ahí que un niño en compañía de otros que ya empiecen á andar aprenda este ejercicio antes que otro niño separado de los demás. El ejemplo propende á sugerir gran variedad de nuevos movimientos y á extender así muchísimo el campo de la acción ; lo cual se puede observar perfectamente en la rápida adquisición imitativa de los gestos, grupos vocales y modificaciones del tono, acento, etc., de otros niños y de las personas mayores, que suele verificarse hacia el fin del tercer año de edad.

La fuerza del impulso imitativo varía por gran modo ; y esto se relaciona, en parte, con las diferencias de vigor de los órganos activos. El niño vivo y enérgico está más dispuesto á aprender los movimientos ajenos que el débil é indolente. Mucho depende también de la fijeza de atención al observar el niño sus propios movimientos y los de otras personas ; y por último, la fuerza de dicho impulso varía grandemente según el temperamento afectivo ; hay niños muy predispuestos á imitar lo que otros hacen, á descansar en su autoridad y á seguirles en todo. Estos tienen tendencias especialmente imitativas, mientras que otros niños son más independientes, y suelen gustar de hacer las cosas á su modo ; los cuales, en general, sienten menos la influencia del ejemplo y el impulso imitativo.

Excitación del movimiento por el mandato.—Hemos de considerar ahora otra especie de excitación externa del movimiento, que es la producida por el signo verbal ó voz de mando. Como la fuerza de imitación, supone